

I Reconciliación con la creación

Jaime Tatay

RESUMEN

San Ignacio no desarrolló teológicamente la idea de reconciliación, utilizando este término tan solo en contadas ocasiones. Sin embargo, algunas de sus intuiciones pueden ser reinterpretadas para esclarecer el significado de la reconciliación con la creación. La visión ignaciana de la reconciliación con la creación articula al menos siete dimensiones: sensitiva, penitencial, ascética, epistemológica, afectiva, geográfica y utópica.

* * *

1. La reconciliación con la creación como tarea ecuménica y misión eclesial

Bajo el triple patrocinio del patriarca Bartolomé I, el papa Francisco y el arzobispo de Canterbury, Justin Welby, una conferencia transdisciplinar titulada “La ecología integral como nuevo camino hacia la reconciliación” tuvo lugar en la Universidad Aristóteles de Tesalónica (Grecia) del 2 al 3 de septiembre de 2016¹. El nombre escogido para la conferencia ilustra la importancia creciente que la *ecología integral* ha adquirido para el pensamiento social cristiano y para el movimiento ecuménico, así como la centralidad que la categoría *reconciliación* tiene en este nuevo horizonte. En la declaración emitida tras la reunión, los tres líderes cristianos afirmaron:

“El significado de este compromiso ecológico de todos los cristianos es inestimable. Surge la posibilidad de que donde los políticos han fracasado en este mundo en crisis, los cristianos puedan ofrecer una inspiración eficiente, a nivel local y global. Para ello, podemos confiar en el principio ortodoxo de la *reconciliación* (del hombre con el Otro, con la Creación y con Dios), así como en la voluntad de construir una *civilización del amor*, tan querida por S. Pablo VI y por S. Juan Pablo II, es decir, una civilización que respete la dignidad de la persona humana, en todos los ámbitos, incluida su vocación escatológica”².

¹ Cf. C. M. G. SERETI, “The Contribution of Ecumenical Patriarch Bartholomew to the Configuration of an Ecumenical ‘Integral Ecology’”, *The Ecumenical Review* (2019), 217-626.

² “A Turning Point in the Ecumenical Efforts for Integral Ecology”, Thessaloniki (7-09-2016), <http://www.aiesc.net/wp-content/uploads/2014/08/2016-AIESC-Thessaloniki-English-Press-release.pdf>

La búsqueda de la reconciliación con la creación por parte de las iglesias cristianas, sin embargo, precede la conferencia de Tesalónica. Dos décadas antes, en 1997, la II Asamblea ecuménica de Europa, que llevó por título “Reconciliación – Don de Dios y fuente de nueva vida”, ya había insistido en la importancia de tomar medidas para revertir la destrucción de la naturaleza, considerando el *cuidado de la creación* parte de la misión de reconciliación cristiana³.

También para Benedicto XVI la reflexión ecológica cristiana se inscribe en último término en la dinámica de la reconciliación, planteando la necesidad de restablecer el nexo entre creación y redención. En uno de sus mensajes más importantes en relación con la ecología afirmó:

“Si quieres promover la paz, protege la creación. La búsqueda de la paz por parte de todos los hombres de buena voluntad se verá facilitada sin duda por el reconocimiento común de la relación inseparable que existe entre Dios, los seres humanos y toda la creación. Los cristianos ofrecen su propia aportación, iluminados por la divina Revelación y siguiendo la Tradición de la Iglesia. Consideran el cosmos y sus maravillas a la luz de la obra creadora del Padre y de la redención de Cristo, que, con su muerte y resurrección, ha reconciliado con Dios ‘todos los seres: los del cielo y los de la tierra’ (Col 1,20)”⁴.

La encíclica del papa Francisco promulgada cinco años después del mensaje de su predecesor, *Laudato si’* (LS)⁵, se edificará sobre el rico magisterio pontificio precedente, bebiendo de una larga reflexión teológica sobre la creación y también del fecundo diálogo ecuménico (LS 8-9) que ha encontrado en el reto ecológico uno de sus puntos de encuentro más señeros⁶.

³ Cf. II ASAMBLEA ECUMÉNICA DE EUROPA, *Reconciliación – Don de Dios y fuente de nueva vida* (Graz 1997). Respecto a la declaración final, he afirmado anteriormente que “la reconciliación, clave hermenéutica del documento, es entendida como un proceso orgánico que incluye elementos sociales, económicos, políticos, religiosos y ecológicos. De ahí que la degradación medioambiental sea interpretada no sólo como una disfunción tecnológica, sino también como una forma de desobediencia ‘al mandamiento divino de cuidar la creación con respeto y de trabajar para mantener su integridad’”: J. TATAY, *Ecología integral. La recepción católica de la sostenibilidad: 1891 (RN) – 2015 (LS)*, BAC, Madrid 2018, 201.

⁴ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2010*, 14.

⁵ A juicio del franciscano Éloi Leclerc –uno de los comentaristas más autorizados del Cántico de las criaturas– el texto que inspira LS representa “la reconciliación profunda del hombre con la totalidad de su alma [...] una ‘poética’ de la reconciliación en el hombre de las miras más altas (la aspiración del Altísimo) y de los vínculos inferiores y oscuros con la ‘Tierra madre’”: E. LECLERC, *El cántico de las criaturas*, Oñate 1988, 51.

⁶ Todas estas declaraciones e iniciativas ecuménicas, a su vez, se fundamentan en la reflexión que, desde la década de 1960, han realizado teólogos, pastores y comunidades cristianas de distintas denominaciones. La bibliografía, demasiado extensa para ser reproducida en su totalidad, incluye títulos relevantes para la temática que aquí se aborda, por ejemplo: Cf. T. BERRY – T. CLARK, *Befriending the Earth. A Theology of Reconciliation between Humans and the Earth*, Twenty-Third Publications, Mystic 1991.

2. La reconciliación con la creación: una reflexión desde la espiritualidad ignaciana

La diversidad de acercamientos a la cuestión ecológica es enorme, incluso desde el punto de vista de la teología cristiana. Desde el nacimiento de la “eco-teología”⁷, a finales de la década de 1960, la antropología, la cristología, la ética, la teodicea, la pneumatología, la espiritualidad y los estudios bíblicos han sido los puntos de entrada más comunes a esta nueva área de investigación.

En este artículo nos ceñiremos exclusivamente a una categoría –la reconciliación– ofreciendo una reflexión desde una tradición espiritual –la ignaciana– a un reto complejo que precisará, en consecuencia, de análisis complementarios de tipo científico, político, social, psicológico y antropológico⁸. La contribución de cualquier tradición espiritual al debate contemporáneo de la sostenibilidad es, sin duda, parcial, pero no por ello deja de iluminar algunas de las complejas cuestiones planteadas por la degradación de la naturaleza.

Aunque Ignacio no desarrolla teológicamente la idea de reconciliación, utilizando este término tan solo en contadas ocasiones, creemos que muchas de sus intuiciones pueden ser reinterpretadas para esclarecer el significado de la reconciliación con la creación. Con esta convicción planteamos que la visión ignaciana de la reconciliación con la creación debe articular al menos siete dimensiones: *sensitiva, penitencial, geográfica, epistemológica, afectiva, ascética y motivacional*. Veámoslo con más detenimiento.

2.1. *Prosoché*. Reconciliación *sensitiva*: “traer los cinco sentidos” [Ej 121]

La más importante de todas las contribuciones que la espiritualidad puede hacer al debate ecológico remite al hábito de la contemplación, al cultivo cuida-

⁷ Cf. C. DEANE-DRUMMOND, *Eco-theology*, Darton, Longman and Todd Ltd, Londres 2008, 81-178.

⁸ Sigo para la estructuración del artículo la importante contribución de: D. E. CHRISTIE, *The Blue Sapphire of the Mind. Notes for a Contemplative Ecology*, Oxford University Press, Oxford 2013. Para una interpretación de LS en torno a seis categorías centrales para la espiritualidad de san Ignacio de Loyola –*humildad, agradecimiento, reconciliación, lucidez, sobriedad, acción*– ver mi trabajo: cf. J. TATAY, «Una lectura ignaciana de la *Laudato si'*»: *Manresa* 87 (2015) 327-338. También tomo algunas claves de: J. TATAY – C. DEVITT, “Sustainability and interreligious dialogue”, *Islamochristiana* 43 (2017), 123-139; J. TATAY – B. DAELEMANS, “Ternura y generosidad para una espiritualidad socio-ambiental”, *Revista de espiritualidad* 308 (2018), 319-342.

La visión ignaciana de la reconciliación con la creación debe articular al menos siete dimensiones: sensitiva, penitencial, geográfica, epistemológica, afectiva, ascética y motivacional.

doso de una atención sostenida en el tiempo a la realidad que nos rodea. En un contexto cultural complejo y cambiante, marcado por la distracción, la permanente estimulación sensorial y la comercialización de nuestra atención –uno de nuestros bienes más preciosos⁹, la primera tarea de la reconciliación afecta a nuestra propia sensibilidad, a la capacidad de permanecer centrados para “traer los cinco sentidos” [Ej 121] hacia una unidad serena, coherente y armónica.

Los primeros maestros de la espiritualidad cristiana ya identificaron la atención (*prosoché*) como clave de bóveda de toda comprensión o inteligencia espiritual. Centrar nuestra atención para ver, gustar, oler, oír y tocar [Ej 121-126] se convierte en una tarea prioritaria, tanto para acceder al significado profundo de los textos bíblicos como para contemplar en toda su profundidad la creación. En este sentido, los *Ejercicios* pueden considerarse una auténtica escuela de la atención que educa los sentidos. El propio Jesús, a quien se contempla a partir de la *Segunda Semana*, se transforma en maestro de este arte: “El Señor podía invitar a otros a estar atentos a la belleza que hay en el mundo porque él mismo estaba en contacto permanente con la naturaleza y le prestaba una atención llena de cariño y asombro” (LS 97).

En un sentido análogo, Francisco ha señalado también que “no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social” (LS 48). Las causas están interrelacionadas, son complejas y sutiles, externas e internas, materiales y espirituales. Por ello, para poder emitir un juicio y actuar en consecuencia, precisamos de una alfabetización ecológica y de una serena reflexión: “Sin duda hace falta una atención constante, que lleve a considerar todos los aspectos éticos implicados” (LS 135).

2.2. *Penthos*. Reconciliación penitencial: “pedir crecidity intenso dolor y lágrimas” [Ej 55]

Junto a la reconciliación sensitiva, una segunda práctica espiritual que hunde sus raíces en la tradición mística cristiana resulta también clave para enfrentar la degradación medioambiental que caracteriza nuestra época: el don de lágrimas (*penthos*). Francisco lo ha señalado con claridad: “El objetivo no es recoger información o saciar nuestra curiosidad, sino tomar dolorosa conciencia, atrevernos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la contribución que cada uno puede aportar” (LS 19).

La toma de conciencia de los efectos de nuestras acciones sobre el

⁹ Ver en este sentido: T. WU, *The Attention Merchants: From the Daily Newspaper to Social Media, How Our Time and Attention Is Harvested and Sold*, Vintage Books, Nueva York 2016

medioambiente es, sin embargo, una experiencia compleja y ambigua. De hecho, las respuestas emocionales a la degradación del mundo natural van desde el cuidado y la compasión intensos, pasando por el dolor y la indignación, hasta la depresión difusa¹⁰. Atreverse a “convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo” es una tarea imprescindible en el proceso de reconciliación con la creación, pero precisa de un discernimiento y un acompañamiento para no derivar en el agotamiento, la desesperanza y el desánimo a los que a menudo conduce la preocupación ecológica¹¹.

En este sentido, prácticas penitenciales como la confesión o el Jubileo se tornan en valiosos cauces para enfrentar esta ineludible dimensión de la reconciliación con la creación¹². Para poder restablecer la relación rota, necesitamos abrazar la conversión ecológica e implorar “la misericordia de Dios por los pecados cometidos contra la creación, que hasta ahora no hemos sabido reconocer ni confesar”¹³. Como cristianos, debemos hacerlo guiados por la sabiduría de los procesos penitenciales y los ritos expiatorios de nuestra tradición.

Esto implica reconocer los propios errores, pecados, vicios o negligencias, y arrepentirse de corazón, cambiar desde adentro: “Para realizar esta reconciliación debemos examinar nuestras vidas y reconocer de qué modo ofendemos a la creación de Dios con nuestras acciones y nuestra incapacidad de actuar. Debemos hacer la experiencia de una conversión, de un cambio del corazón” (LS 218).

2.3. *Askesis*. Reconciliación ascética: “tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin” [Ej 23]

En estrecha relación con la dimensión penitencial, la reconciliación con la creación incluye una clave ascética que no debe ser entendida sólo como una renuncia, sino principalmente como una oportunidad. Una oportunidad para percibir con mayor profundidad el don de lo creado, para captar su carácter sacramental. Francisco lo ha expresado de forma magnífica citando al patriarca Bartolomé I:

¹⁰ Cf. S. W. NICHOLSEN, *The Love of Nature and the End of the World. The Unspoken Dimensions of Environmental Concern*, MIT Press, Cambridge 2001.

¹¹ Cf. H. LIBROVÁ –V. PELIKÁN, “Ethical motivations and the phenomenon of disappointment in two types of environmental movements: Neo-environmentalism and the Dark Mountain Project”, *Environmental Values* 25/2 (2016), 167-193.

¹² Cf. M. CARBAJO NÚÑEZ, “Pecado ecológico y reconciliación sacramental”, *Franciscanum* 171 (2019), 193-212. El Jubileo trata de restablecer “las tres grandes rupturas que ocurrieron en el Edén: entre el hombre y la mujer, entre la humanidad y el resto de la creación, y entre la humanidad y Dios”: E. DAVIS, *Scripture, Culture and Agriculture. An Agrarian Reading of the Bible*, Cambridge University Press, Cambridge 2009, 170.

¹³ FRANCISCO, “Usemos misericordia con nuestra casa común”, Mensaje del Papa para la Jornada mundial de oración por el cuidado de la creación (1-09-2016), n. 2, *L'Osservatore Romano* 200 (2-09-2016), 8.

“Nos propuso pasar del consumo al sacrificio, de la avidez a la generosidad, del desperdicio a la capacidad de compartir, en una ascesis que ‘significa aprender a dar, y no simplemente renunciar. Es un modo de amar, de pasar poco a poco de lo que yo quiero a lo que necesita el mundo de Dios. Es liberación del miedo, de la avidez, de la dependencia’” (LS 9).

La ascesis se convierte así, como en la tradición del Jubileo, en un triple ejercicio de reconciliación: con Dios, con uno mismo y con el mundo creado. Un ejercicio que nos devuelve a las raíces de lo auténticamente humano. Para el teólogo ortodoxo John Chryssavgis, “la finalidad del ascetismo es la moderación, no la represión; su contenido es positivo, no negativo. Busca el servicio, no el egoísmo; la reconciliación, no la renunciación. Sin ascetismo, nadie de nosotros es auténticamente humano”¹⁴.

La búsqueda de aquello que es auténticamente humano es también una de las finalidades de la tradición espiritual ignaciana. Cuando, en el pórtico que constituye el *Principio y fundamento*, Ignacio afirma respecto al uso de las cosas que “tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin” [Ej 23] no está invitando a realizar un cálculo utilitario, ni un puro ejercicio ascético, sino una gestión prudente, sabia, y moderada, en el sentido que apunta Bartolomé I y Chryssavgis. La dimensión ascética de la reconciliación con la creación remite, en definitiva, a un conocimiento informado y sabio. Esta es otra de las dimensiones de la reconciliación cristiana, la que remite al modo de conocer y acceder a la realidad.

2.4. Logos. Reconciliación epistemológica: “demandar conocimiento interno” [Ej 104]

Otra dimensión clave de la reconciliación remite al modo como accedemos y organizamos el conocimiento, puesto que la reconciliación con la creación implica una “forma ecológica de pensar”¹⁵. Una de las razones principales que nos ha conducido a la actual situación de bancarrota ecológica hunde sus raíces en la modernidad, el periodo en el que se priorizó un tipo de racionalidad, la científico-técnica, minusvalorándose el valor simbólico, estético y sacramental de la naturaleza.

En el contexto cultural actual, heredero de la ilustración, se sigue otorgando una autoridad casi exclusiva al conocimiento científico-técnico, ava-

¹⁴ J. CHRYSSEAVGIS, “A New Heaven and a New Earth. Orthodox Theology and an Ecological World View”, *The Ecumenical Review* 62/2 (2010), 218.

¹⁵ Para Timothy Morton, “la ecología nos muestra que todos los seres están conectados entre sí. El pensamiento ecológico es el análisis de la interconectividad. El pensamiento ecológico es una reflexión sobre la ecología, pero también una forma ecológica de pensar”: T. MORTON, *El pensamiento ecológico*, Paidós, Barcelona 2018, 24.

lado por sus evidentes éxitos. Sin embargo, aun siendo de gran valor, el excesivo énfasis en una dimensión del conocimiento acaba distorsionando la percepción de la realidad, ‘desencantándola’ –según la famosa expresión de Max Weber– y descartando así la posibilidad de un *logos* interno a la propia naturaleza¹⁶.

Frente a esta visión unidimensional, las tradiciones espirituales insisten en la necesidad de buscar la sabiduría, un tipo de conocimiento que incluye aspectos éticos, estéticos y espirituales. Francisco ha afirmado al respecto: “La verdadera sabiduría, producto de la reflexión, del diálogo y del encuentro generoso entre las personas, no se consigue con una mera acumulación de datos que termina saturando y obnubilando, en una especie de contaminación mental” (LS 47).

La reconciliación con la creación, en definitiva, implica una dimensión epistemológica que no debemos olvidar. Al inicio de sus *Ejercicios Espirituales*, Ignacio de Loyola advierte que “no el mucho saber harta y satisface el ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente” [Ej 2]. Más adelante, propondrá al ejercitante “demandar *conocimiento interno* de tanto bien recibido” [Ej 233], un tipo de conocimiento que va más allá de los datos y que resulta clave para reconocer en la naturaleza el don de la creación.

Francisco, consciente de la dificultad para ampliar nuestro horizonte epistemológico, apunta hacia el tipo de conocimiento holístico y transdisciplinar que la solución de retos complejos como el de la sostenibilidad demanda: “Una ciencia que pretenda ofrecer soluciones a los grandes asuntos, necesariamente debería sumar todo lo que ha generado el conocimiento en las demás áreas del saber, incluyendo la filosofía y la ética social” (LS 110).

2.5. Eros. Reconciliación afectiva: “ofreciéndole todo su querer y libertad” [Ej 5]

Junto a la dimensión epistemológica, la reconciliación con la creación precisa del establecimiento y cuidado de los vínculos afectivos con la creación. Este ha sido tradicionalmente uno de los objetivos de la educación ambiental y del escultismo. Es también una convicción de la fe bíblica, que descubre en

¹⁶ Respecto a esta cuestión he afirmado que “el reconocimiento de un orden en la creación –la presencia de una razón o *logos* inscrito en ella– no se presenta como un mero ejercicio de teología especulativa, sino como una clave hermenéutica que resulta vital en el debate sobre la sostenibilidad. El modo de concebir el mundo tiene repercusiones en la concepción del lugar del hombre y, por extensión, en su comportamiento dentro del mismo” (J. TATAY, *Ecología integral...o.c.*, 467).

Otra dimensión clave de la reconciliación remite al modo como accedemos y organizamos el conocimiento.

la creación la presencia afectuosa, generosa y cercana del Creador. Esta vinculación afectiva, espontánea en el mundo rural, precisa, sin embargo, ser cuidada en sociedades crecientemente urbanizadas como la nuestra.

Sin caer en la tentación de una ingenua idealización romántica, ni en la tentación de omitir los aspectos caóticos y violentos del mundo natural, Francisco plantea como tarea restablecer un vínculo afectivo con la creación que nos permita valorarla y apreciarla como don: “Porque todas las criaturas están conectadas, cada una debe ser valorada con afecto y admiración” (LS 42).

Francisco de Asís, modelo de creyente reconciliado con la creación, se convierte en referente del cuidado afectuoso y espontáneo que brota de la relación íntima con la creación: “Su reacción era mucho más que una valoración intelectual o un cálculo económico, porque para él cualquier criatura era una hermana, unida a él con lazos de cariño. Por eso se sentía llamado a cuidar todo lo que existe” (LS 11). El cuidado y la responsabilidad surgen, en gran medida, del contacto y el lazo afectivo que establecemos con una persona o una realidad creada. Sólo se respeta y se cuida aquello que se conoce y se ama. Lo efectivo, con frecuencia, es lo afectivo.

Es cierto que Ignacio de Loyola no propone una vinculación ‘afectuosa’ con la creación al modo franciscano, pero sí plantea en las anotaciones del inicio de los *Ejercicios* la necesidad de implicarse afectivamente con la realidad contemplada. Al igual que con el resto de las dimensiones de la reconciliación hasta ahora planteadas, introducir los afectos en la contemplación de la creación nos ayudará a restablecer los lazos que nos unen a ella.

2.6. *Topos*. Reconciliación geográfica: “como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia possible” [Ej 114]

Hay otra dimensión de la reconciliación con la creación a la que se ha prestado escasa atención en la espiritualidad a lo largo de los últimos siglos. Sin embargo, forma parte de la tradición cristiana y está adquiriendo una centralidad cada vez mayor tanto dentro como fuera de la Iglesia. Se trata de la relación con el lugar que habitamos. Se trata de vivir enraizados en el territorio que ocupamos (*topos*), de habitar la casa (*oikos*) que compartimos, nuestro entorno vital más cercano¹⁷. Esta invitación resuena con el “voto de estabilidad” monástico, pero adquiere un sentido nuevo al sintonizar con los nuevos movimientos culturales que demandan una relocalización de la economía y de las relaciones sociales.

¹⁷ El modo como la realidad física o paisaje que habitamos condiciona nuestra percepción de la realidad y nuestra espiritualidad fue puesto de relieve en una obra de imprescindible referencia: T. WATSUJI, *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*, Sígueme, Salamanca 2006.

Ahora bien, no es necesario abrazar el monacato y hacer un voto de estabilidad para enraizarse en un lugar determinado. La mayoría de nosotros no habitaremos un solo espacio a lo largo de nuestras vidas, pero sí nos moveremos entre unos pocos lugares que poseen un significado especial y a los que volvemos de forma recurrente. La espiritualidad ignaciana, al enfatizar la dinámica de la encarnación, nos invita a establecer lazos afectivos con el mundo físico, nos ayuda a valorarlo y cuidarlo, nos propone contemplar “como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible” [Ej 114] la presencia del Misterio en los paisajes cotidianos y cercanos.

En una clave espiritual, Francisco ha expresado con claridad la importancia de (r)establecer los lazos con aquellos lugares que forman parte de nuestro paisaje interior: “La historia de la propia amistad con Dios siempre se desarrolla en un espacio geográfico que se convierte en un signo personalísimo, y cada uno de nosotros guarda en la memoria lugares cuyo recuerdo le hace mucho bien. Quien ha crecido entre los montes, o quien de niño se sentaba junto al arroyo a beber, o quien jugaba en una plaza de su barrio, cuando vuelve a esos lugares, se siente llamado a recuperar su propia identidad” (LS 84).

2.7. Telos. Reconciliación utópica: “mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba” [Ej 237]

Por último, la misión de reconciliación que el reto ecológico contemporáneo plantea a la fe cristiana implica revisar los deseos y los sueños que orientan nuestras acciones y pensar en sus consecuencias. La degradación del mundo creado nos devuelve una pregunta de tipo religioso –política y utópica– una pregunta sobre el tipo de sociedad y de mundo que soñamos. El pensamiento ecológico nos proyecta al futuro de un modo análogo a como las grandes utopías seculares y religiosas lo han hecho a lo largo de la historia. Nos invita a pensar en las futuras generaciones y en el planeta que les dejaremos.

En este sentido, Tim Morton, uno de los filósofos ambientales más destacados de nuestra época, afirma en relación con los *hiperobjetos* –realidades artificiales como el plutonio enriquecido o el poliestireno que perdurarán durante milenios y que, por tanto, será uno de nuestros legados como especie– que “el cristianismo no está preparado para los hiperobjetos. Sin embargo, pensar en esos materiales es un acto en cierto modo religioso porque trascienden nuestra propia muerte”¹⁸. Francisco no ha hablado de hiperobjetos, aunque sí ha planteado que “cuando pensamos en la situación en que se deja el planeta a las generaciones futuras, entramos en otra lógica, la del don gratuito que recibimos y comunicamos. Si la tierra nos es dona-

¹⁸ T. MORTON, *El pensamiento ecológico*, Paidós, Barcelona 2018, 163.

da, ya no podemos pensar sólo desde un criterio utilitarista de eficiencia y productividad para el beneficio individual” (LS 159).

La espiritualidad ignaciana nos ayuda a evaluar críticamente nuestros sueños y deseos, a modelarlos tomando como referencia a Jesús y su Reino. En la *Contemplación para alcanzar amor* [Ej 230-237], Ignacio invita a alzar la vista y percibir el mundo como regalo, a “mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba” [Ej 237]. No se trata de una gracia intimista y privada, sino de una alegría ‘extrovertida’, orientada hacia fuera, hacia el Otro y hacia los otros, presentes y futuros, hacia la creación entera. La escuela de la contemplación nos permite no sólo moderar y ordenar nuestros deseos, hace posible también transformarlos y orientarlos hacia el bien mayor del cuidado de la creación y de las futuras generaciones.

3. Conclusión

Ahora bien, llegados al final de esta reflexión sobre el sentido de la reconciliación con la creación podemos preguntarnos: ¿Quién podrá vivir de forma integrada estas siete dimensiones? Sin duda los santos y las santas nos servirán de referencia. Ellos son modelos de personas reconciliadas con la creación, con Dios, con el prójimo y consigo mismos. Ellos representan estilos de vida virtuosos que articulan de forma armónica vivencia espiritual y compromiso moral; modos diversos y complementarios de ser *ecologista integral*. Ellos percibieron, cada uno a su manera, que “todo está conectado” y vivieron de forma acorde a esa visión¹⁹.

Por último, hemos de señalar que la reconciliación con la creación no es principalmente una tarea individual, sino comunitaria. Para poder emprender una reconciliación *sensitiva, penitencial, ascética, epistemológica, afectiva, geográfica y utópica* precisaremos de un discernimiento y un diálogo comunitario. Como ha señalado John Dardis: “A través de un compromiso con la conversación espiritual y con el discernir juntos, podemos dar testimonio de un estilo diferente de discurso, libre de ideología. Podemos delinear una senda tangible hacia la sanación y la reconciliación, no solo para nosotros mismos sino también para nuestros apostolados y para nuestro mundo”²⁰.

¹⁹ Para Francisco, la visión de un cosmos en el que “todo está conectado” (cf. LS 16, 70, 91, 92, 117, 120, 137, 138, 142, 205, 240) se apoya “en el tesoro de la experiencia espiritual cristiana” (LS 15), es decir, en la vivencia mística y ascética de Buenaventura (LS 11, 66, 233, 239), Benito de Nursia (LS 126), Teresa de Lisieux (LS 230), Juan de la Cruz (LS 234), Carlos de Foucauld (LS 125), María (LS 241), san José (LS 242) y, sobre todo, Francisco de Asís (cf. LS 10-12, 66, 87, 91, 92, 125, 218, 221; EG 216).

²⁰ J. DARDIS, “Discernimiento en común: Una novedad basada en una tradición antigua”, *Manresa* 354 (2018), 11.